



## VI

### La venganza de Sidonia

**N**UNCA, en espacio de veinte años que vivía en Montrouge, nunca había tardado tanto en recogerse Sigismundo Planus sin prevenir á su hermana, y así no es de extrañar que ésta estuviera en la mayor ansiedad. Viviendo en comunidad de ideas con su hermano, sin más que un alma para los dos, la vieja solterona había sufrido, durante muchos meses, el rechazo de todas las inquietudes y sinsabores del cajero, y á causa de esto le había quedado la flaqueza de temblar y conmoveirse por cualquier cosa. Al menor retardo de Sigismundo, luégo decia:

— ¡Ay Dios mío! ¿Qué será? ¿Qué no será? ¡Plega á Dios que no haya alguna historia en la fábrica!

Por eso aquella noche, una vez encerradas las gallinas y levantados los manteles sin haber tocado á la comida, sentóse la solterona en la salita baja y esperó llena de zozobra.



En fin á eso de las once llamaron á la puerta, dando un campanillazo tímido que no se parecía en nada al vigoroso modo de llamar de Sigismundo.

—¿Es Mr. Planus?— preguntó la vieja desde lo alto de la escalinata.

Era en efecto él; pero no venía solo: un hombretón viejo ó muy encorvado lo seguía, el cual saludó lentamente al entrar. Sólo entonces reconoció la solterona á Risler, á quien no había visto desde la visita de año nuevo, esto es, algún tiempo antes de las tragedias de la fábrica. No sin dificultad pudo reprimir entonces una exclamación de piedad; pero ante el grave silencio de los dos hombres, comprendió que ella también debía callar.

—Mlle. Planus, hermana, pon sábanas limpias en mi cama, pues nuestro amigo Risler nos hace el honor de pasar la noche en casa.

La vieja solterona fué aprisa y muy buen grado á mudar las sábanas y á arreglar el cuarto, pues ya se sabe que, después de su hermano, era Risler el único hombre exceptuado de la reprobación general en que á todos nos envolvía.

Al salir del café concierto, había tenido Risler un momento de exaltación espantosa: iba del brazo de Planus con grandes sacudimientos nerviosos. Á tales horas y en tal estado, no era ya cosa de ir por la dicha carta á Montrouge.

—Déjame, déjame y vete, Sigismundo— le decía— tengo necesidad de estar solo.

Pero el otro no creyó prudente abandonarlo así á su desesperación. Sin que Risler lo echara de ver, lo fué desviando de la fábrica, é inspirado por su corazón no le habló en todo el camino más que de Franz á quien tanto amaba.

—Éste, este es el verdadero amor, verdadero y seguro, siempre leal. Con corazones como el de Franz,

no hay que temer perfidias ni traiciones. ¡Pobre muchacho!

Hablando así, insensiblemente dejaron atrás el ruidoso París del centro, y siguiendo á lo largo de los muelles y el jardín botánico, penetraron en el arrabal *Saint Marceau*.

Risler se dejaba llevar, halagado por el asunto de la conversación.

Llegaron luégo muy cerca del Bièvre, bordeado por allí de tenerías, cuyos sequeros de rejilla se rayaban de azul en el fondo del cielo; y después á las llanuras de Montsouris, vastos terrenos yermos, quemados por el aliento de fuego que París esparce al rededor, como un dragón gigantesco, cuyo resuello de humo y vapor no deja vivir á su alcance cosa de vegetación.

De Montsouris á las fortificaciones de Montrouge no hay más que un paso, y una vez allí no tuvo que hacer mucho Planus para arrastrar á su casa á Risler. Pensaba, con razón, que la paz de su hogar y el espectáculo de una amistad paternal le anticiparían algo de la dicha que esperaba al lado de su hermano Franz. Y en efecto, apenas hubieron entrado, cuando el encanto de la casita comenzó á ejercer su influencia.

—Sí, tienes razón, amigo mío; tienes razón— decía Risler paseándose en la sala baja: —es preciso que no piense más en esa mujer... dí que ha muerto para mí. No tengo en el mundo á nadie más que á mi hermano Franz, y todavía no sé si le haré venir ó si iré yo á reunirme con él: lo que hay de cierto es que hemos de vivir juntos. Tanto como deseaba yo tener un hijo, ya lo tengo... mi hermano Franz. Cuando pienso que he tenido un momento la idea de morir!... ¡Bah! Ella será feliz allá con los suyos; yo quiero vivir con mi Franz y nada más que para él.

—¡Bravo!— exclamó Sigismundo.— Así, así te quería yo ver.



En esto volvió la solterona anunciando que el aposento estaba preparado.

Risler se disculpaba de causar esta molestia.

—Estáis tan bien y sois tan felices aquí, que es una lástima traeros mis tristezas.

—Amigo mío, puedes muy bien labrarte una felicidad semejante á la nuestra — dijo radiante Sigismundo. — Si yo tengo á mi hermana, tú tienes á tu hermano. ¿Qué nos falta?

Risler se sonrió vagamente. Ya se veía instalado con Franz en una casita tranquila y cuácara como aquella.

Á no dudar, había tenido Planus una buena idea.

—Ven á acostarte — le dijo con satisfacción — te acompañamos para enseñarte el aposento.

El aposento de Sigismundo Planus era una pieza de planta baja, sencilla, pero muy limpiamente arreglada, con sus cortinas de cotonada en las ventanas y en el pabellón de la cama, y tiras de alfombra en las delanteras de las sillas. Ni la misma madama Fromont madre, hubiera tenido nada que decir del buen orden y limpieza del cuarto. Sobre unas tablas que formaban biblioteca, había algunos libros como por ejemplo: el *Manual del pescador á la caña*, el *Ama de casa en el campo*, las *Cuentas ajustadas* de Bareme. Tal era la parte inteligente de la pieza.

Sigismundo Planus miraba al rededor con cierto orgullo. El vaso de agua estaba en su sitio sobre la mesa, el estuche de afeitar en el tocador.

—Ya lo ves, Risler: aquí hay todo lo necesario... Pero si te faltase algo, las llaves están puestas en todos los muebles: no tienes más que abrir, como en tu propia casa. Y mira qué buena vista hay desde aquí. Está muy oscuro ahora; pero mañana, cuando te levantes, verás qué alegría.

Y esto diciendo, abrió la ventana. Amplias gotas de lluvia comenzaban á caer, y desgarrando las nubes al-

gunos relámpagos, dejaban ver la larga línea de declives que se extendía á lo lejos, con postes telegráficos á trechos ó la sombría puerta de una casamata. Á intervalos, el paso de una patrulla por el camino de ronda y el sonsonete de las armas recordaban que se estaba en la zona militar. Tal era el horizonte tan celebrado por Planus, horizonte triste, si los había.

—Y ahora, buenas noches, querido. Que duermas bien.

Pero en el momento de salir el viejo cajero, su amigo Risler lo llamó.

—¿Sigismundo?...

—Presente—contestó éste deteniéndose en la puerta.

Risler se ruborizó ligeramente, despegó los labios trémulos, como para hablar y haciendo un grande esfuerzo:

—No, no—dijo—nada... Buenas noches.

En el comedor hablaron grandemente en voz baja los dos hermanos. Planus refirió á la solterona el mal encuentro de Sidonia, y figuraos si habría exclamaciones contra mujeres y hombres, odiados respectivamente.

En fin, luégo que se echó la llave á la puerta del jardín, la solterona subió á su cuarto, y Sigismundo se acomodó cómo y dónde pudo en la habitación contigua.

Hacia la media noche, la hermana muy espantada despertó al hermano diciéndole á media voz:

—Sigismundo... Sigismundo...

—¿Qué ocurre?

—¿Has oído?

—No á fe. ¿Qué pasa?

—¡Oh! Es espantoso, hermano... es algo así como un gran gemido tan triste y lastimero.

—¡Pardiez!

—Y no hay duda; proviene del cuarto bajo.

Los dos prestaron atento oído.



Por fuera caía la lluvia á torrentes.

— Es el viento — dijo Sigismundo.

— No lo creo yo así. Escucha.

En medio del ruido de la tempestad, se oía como un gran sollozo formado con un nombre penosamente articulado:

— ¡Franz! ¡Franz!

Era un gemido siniestro.

Cuando Cristo en la cruz lanzó al cielo vacío aquella tan dolorosa palabra «*Eli, Eli, lamma sabacthani*», debieron de sentir los que la oyeron la especie de terror supersticioso que sobrecogió de repente á la vieja solterona.

— Tengo miedo... Vé á ver...

— No, no, dejémoslo... Piensa en su hermano y se afecta. ¡Pobre Franz! Y todavía esta idea es la que puede hacerle más bien.

Y el viejo cajero volvió á dormirse.

El día siguiente se despertó como siempre al toque de diana en los fuertes, porque la casita, rodeada de cuarteles, arreglaba su vida á los toques militares.

La hermana, ya levantada, daba de comer á sus gallinas, y viendo ya en pié á Sigismundo, se fué á él un tanto temerosa.

— Es singular — le dijo — no se oye nada en el cuarto de Risler. Sin embargo, la ventana está de par en par abierta.

Receloso también Sigismundo fué á llamar á la puerta.

— ¡Risler!... ¡Risler!...

Nadie contestó.

— ¿Estás durmiendo todavía?... ¡Arriba!

Contestó el mismo silencio.

Sigismundo abrió en fin la puerta.

La habitación estaba fría. Comprendíase por la humedad que la ventana había estado abierta toda la noche.

Á la primera ojeada que Planus echó á la cama, exclamó con creciente sorpresa:

— ¡Pardiez! ¡No se ha acostado!

En efecto, la cama estaba intacta, y en la habitación se revelaba en los menores detalles un insomnio tormentoso: la lamparilla humeaba aún sobre la mesa y la garrafa estaba agotada. Pero lo que aterró más á Sigismundo fué encontrar abierto el cajón de la cómoda, donde tenía él en depósito la carta y el paquete que le confiara su amigo.

La carta no estaba allí ya; el paquete deshecho sobre la mesa dejaba ver una fotografía, el retrato de Sidonia á los quince años. Con su modesta ropa y su embarazada postura de muchacha aún encogida, la aprendiz de Mlle. Le Mire no se parecía á la Sidonia de ahora, y por eso había guardado Risler su fotografía, como un recuerdo, no de la mujer, sino de la niña.

Sigismundo estaba consternado.

— Yo tengo la culpa de esto, se decía. Debía haber quitado las llaves... Pero ¿quién había de sospechar que aún pensara en ella? Hasta me había jurado que esa mujer no existía ya para él.

En esto entró la solterona temblando.

— Risler ha huído.

— ¡Huído!... Pero ¿no estaba cerrada la puerta del jardín?

— No ha salido por la puerta, sino por encima de la tapia... Se ven los rastros frescos.

Los dos hermanos se miraron con espanto.

Sigismundo decía entre dientes:

— ¡La carta!...

Con toda evidencia la carta de su mujer debía de contener algo extraordinario para Risler, el cual por no despertar á sus huéspedes, había saltado por la ventana como un ladrón.



— ¿Y por qué? ¿Con qué objeto?

— Ya verás, hermana — decía el pobre Sigismundo acabando de vestirse precipitadamente — ya verás cómo esa gran pícara le ha jugado otra mala partida.

Y como procurara tranquilizarlo su hermana, no menos recelosa que él, repitió su estribillo el bueno del cajero.

— No tengo confianza... no las tengo todas conmigo.

Y ya vestido se lanzó afuera.

En la tierra empapada de lluvia, se descubrían los pasos de Risler hasta la puerta del jardín. Debía de haber partido antes de amanecer; porque los cuadros de legumbres bordeados de flores estaban estropeados por hondas huellas sin dirección; la tapia del fondo tenía algunos arañazos en su paramento y un desperfecto más notable en el caballete. Los dos hermanos salieron al camino de recinto, y ya aquí era imposible seguir las huellas; conocíase, sin embargo, que Risler había ido en dirección del camino de Orleães.

— Al cabo — dijo la solterona para tranquilizar á su hermano y tranquilizarse ella misma — bien puede ser que el amigo Risler haya vuelto simplemente á la fábrica.

Sigismundo movió la cabeza.

— ¡Ah! Si hubiera dicho todo lo que pensaba!...

— Entra, entra, hermana... Voy á ver yo qué le sucede.

Y el viejo cajero partió como una ráfaga de viento con su canosa cabellera más erizada que de ordinario. Á aquella hora, había en el camino de recinto un gran movimiento de soldados yentes y vinientes, de hortelanos, de relevos de guardias, de caballos de oficiales que sacaban á paseo, de cantineros con sus provisiones, todo ese gran movimiento que hay por la mañana al rededor de los fuertes.

Sigismundo se dirigió á paso largo hacia el movimiento, cuando de pronto se detuvo. Á la izquierda al pié de las rampas había una pequeña construcción cuadrada en cuyo frontis se leía en letras negras sobre el yeso crudo:

## CIUDAD DE PARÍS

### ENTRADA Á LAS CARRERAS

Sigismundo acababa de ver un numeroso grupo de gente en que el uniforme del soldado y el del aduanero se mezclaba con la blusa de los vagamundos de las barreras. Acercóse instintivamente, y por debajo de una poterna redonda con barrotes de hierro, un aduanero, sentado en el escalón de piedra, hablaba con gráficos gestos y ademanes, como si hiciera una demostración.

— Estaba aquí mismo donde yo estoy, decía... Se ha estrangulado sentado como yo estoy, tirando de la cuerda con todas sus fuerzas, así... Es de creer que estaba resuelto á morir, porque se le ha encontrado en el bolsillo una navaja de afeitar, de que sin duda se habría servido, en el caso de que se hubiera roto la cuerda.

— ¡Pobre hombre! — exclamó alguien del grupo.

Y otra voz, pero esta temblorosa, ahogada por la emoción, preguntó tímidamente:

— ¿Y hay completa certeza de que haya muerto?

Todos se echaron á reír mirando á Sigismundo.

— He aquí un viejo incrédulo — dijo el aduanero. — ¿No he dicho, buen hombre, que el ahorcado estaba ya lívido esta mañana cuando lo descolgamos para llevarlo al cuartel de cazadores?

Este cuartel no estaba lejos, y sin embargo, para arrastrarse hasta allí hubo de pasar todas las penas



del mundo el pobre Sigismundo Planus. Por más que se decía que los suicidios no son raros en París, sobre todo en aquellos parajes, donde no pasa día sin que se levante un cadáver, como á la orilla de un mar peligroso, nada podía distraerlo del horrible presentimiento que le oprimía el corazón desde el amanecer.

— ¡ Ah ! ¿ Viene usted por el ahorcado ? — le dijo el plantón á la puerta del cuartel. — Allí está.

Habían tendido el cuerpo en una especie de cochera sobre una mesa de tijera, y una capa de caballería lo cubría enteramente, cayendo con esos pliegues de sudario que la rigidez de la muerte ahueca al rededor de ella.

Un grupo de oficiales y algunos soldados miraban desde lejos hablando en voz baja como en una iglesia, y en el reborde de una alta ventana, un ayudante mayor estaba escribiendo el parte.

Á éste, pues, se dirigió Sigismundo.

— ¿ Me permite usted que lo vea ? — le preguntó tímidamente.

— Véalo usted pues.

Sigismundo se acercó á la mesa, vaciló un buen espacio, y atreviéndose al fin, descubrió un rostro tumefacto, lívido, y un corpachón rígido, inmóvil en sus ropas empapadas de lluvia.

— ¡ Ella, ella te mató, infeliz amigo mío ! — dijo entre dientes Planus.

Y cayendo de rodillas rompió á sollozar.

Los oficiales se acercaron curiosamente al cadáver que había quedado descubierto.

— Veá usted, mayor — dijo uno de ellos. — Tiene cerrada la mano como si apretara alguna cosa.

— En efecto — contestó el mayor aproximándose : — suele suceder eso en las últimas convulsiones. ¿ Os acordáis de Solferino ? El comandante Bordy tenía así

en la apretada mano el medallón de su hija, y á duras penas pudimos arrancárselo.

Hablando así, forcejeaba para abrir la crispada mano de Risler.

— ¡ Pardiez ! — exclamó al fin. — Es una carta.

Y la desarrugó para leerla.

Pero otro oficial se la quitó de la mano y se la entregó á Sigismundo, todavía de rodillas.

— Tome usted — le dijo : — acaso haya aquí una última voluntad, que deba usted cumplir.

Sigismundo se levantó con la carta.

Como la pieza era oscura se acercó á la ventana con paso vacilante, y leyó con ojos lacrimosos :

« Pues bien, sí, te amo, te amo ... más que nunca y para siempre. ¿ Á qué luchar más ? Nuestro crimen puede más que nosotros... »

Era la misma carta que Franz había escrito á su cuñada un año antes y que Sidonia había enviado á su marido el día siguiente de su tragedia para vengarse de los dos hermanos á la vez.

Risler hubiera podido sobrevivir á la traición de su mujer ; pero á la traición de su hermano sucumbió desesperado.

Cuando Sigismundo hubo comprendido este gran misterio, se quedó aterrado. Y allí permanecía como una estatua, con la carta en la mano y los ojos fijos mirando por la ventana, sin ver más que sombras.

Daban las seis de la mañana.

Allá abajo, por encima de París que se oía zumbiar sin verse, se levantaba una niebla densa, cálida, sin cesar removida, contorneada de rojo y negro, como una nube de polvo sobre un campo de batalla.

Poco á poco, los altos campanarios, las blancas fachadas, el oro de una cúpula se desprendían de la niebla y brillaban con todo el esplendor de la mañana.

Después, en la dirección del viento, las mil chime-



neas de fábrica, enhiestas sobre el confuso agrupamiento de los desiguales tejados, se pusieron á exhalar á la vez el aliento de su vapor, ardiente y jadeante con toda la actividad de un *steamer*, al tomar rumbo.

La vida volvía á empezar.

¡ Máquina, adelante, pues ! Y tanto peor para el que se quede en el camino.

Entonces el viejo Sigismundo se sintió poseído de la más fiera indignación, y exclamó como amagando con los puños:

— ¡ Ah desalmada ! ¡ desalmada !...

Más crudo lo dijo él ; sólo que no dijo á quién se dirigía, si á la mujer de Risler, ó á la ciudad de París.



## INDICE

	Páginas.
DEDICATORIA. . . . .	5

### LIBRO PRIMERO

I.—Una boda en Vefour. . . . .	9
II.—Historia de la niña Sidonia. . . . .	23
III.—Historia de la niña Sidonia.—Las perlas falsas. . . . .	41
IV.—Historia de la niña Sidonia.—Las luciérnagas de Savigny. . . . .	59
V.—De cómo acaba la historia de la niña Sidonia. . . . .	75

### LIBRO SEGUNDO

I.—El día de mi esposa. . . . .	85
II.—La perla fina y la falsa. . . . .	97
III.—La cervecería de la calle de Blondel. . . . .	107
IV.—En Savigny. . . . .	125
V.—Sigismundo Planus tiembla por su caja. . . . .	131
VI.— . . . . .	145
VII.—Una carta. . . . .	163

### LIBRO TERCERO

I.—El justiciero. . . . .	167
II.—Explicación. . . . .	189
III.—¡ Pobesita Zizi !. . . . .	203
IV.—El salón de espera. . . . .	211
V.—Consecuencias. . . . .	225
VI.—De cómo prometió no volver á las andadas. . . . .	245



## LIBRO CUARTO

I.— Leyenda fantástica del hombrezuelo azul. . . . .	265
II.— Revelaciones. . . . .	279
III.— El vencimiento. . . . .	299
IV.— El nuevo dependiente de la casa Fromont. . . . .	319
V.— El café cantante. . . . .	335
VI.— La venganza de Sidonia. . . . .	355





